

La mañana del 30 de diciembre de 1930 comenzó con buenos augurios para William P. Taylor. Le habían dicho que el clima de la Isla solía cambiar de un día para otro, que cuando en el horizonte aparecían nubes grises, sobrevendrían largas horas de fina llovizna y un descenso brusco de las temperaturas, y que las olas podían alcanzar hasta dos metros de altura.

Él mismo había sido testigo de la llegada de un frente frío. Nada del otro mundo; menos de una semana de sol intermitente y un airecillo molesto en el rostro. Lo más llamativo era esa costumbre de los cubanos de sacar del ropero cazadoras de cuero y piezas de corduroy, mientras las cubanas se enfundaban en abrigos de lana o estambre. Evidentemente no conocían el rigor del invierno neoyorquino, las temibles nevadas ni los largos días sin sol.

Ese martes, sin embargo, las predicciones meteorológicas anunciaban una jornada de escasa humedad, el cielo despejado, y una variación de 29 a 24 grados centígrados —olvidó pronto el hábito de utilizar la escala Fahrenheit— del mediodía al comienzo de la madrugada. Un mar tranquilo se divisaba desde la terraza norte. Unos cuantos veleros surcaban las aguas acompañados por el vuelo apacible de las gaviotas. Hacia el oeste tres aves negras, de las que en Cuba llaman auras tiñosas, se lanzaban en picada. En la avenida costera, rumbo a la desembocadura del río Almendares, debió de haber un perro muerto. Ese no era su problema; en sus dominios todo estaba en orden.

Su investidura como General Manager de la flamante instalación por parte del National City Bank, principal accionista de la entidad operadora, reconocía una trayectoria profesional marcada por la excelencia.

En su currículum figuraba el ejercicio de la administración del Waldorf Astoria y el Plaza Savoy, en Nueva York. La nueva posición guardaba una estrecha relación con aquellas. El Waldorf Astoria le sirvió de trampolín en los afanes de la gestión hotelera. Pero ya no existía. Las edificaciones originales, construidas en la Quinta Avenida durante la última década del siglo XIX por los primos William Waldorf Astor y John Jacob Astor, acababan de ser demolidas para levantar un rascacielos con el mismo nombre en Park Avenue. En el espacio liberado por la demolición, un mastodóntico edificio tomaba cuerpo ante los ojos atónitos de los neoyorquinos. Taylor no sospechaba que la portentosa obra se haría célebre en el mundo entero por gracia de un gorila, King Kong, que ascendería hasta su cúpula para derribar avionetas a manotazos en un filme popular.

El Waldorf de Taylor era historia antigua. Importaba ahora su sentido de pertenencia al emporio Plaza, como le demostró el presidente de la Junta, Fred Sterry, al designarlo para La Habana.

—Will, esta es tu gran oportunidad. Vas a abrir un hotel y no es un hotel cualquiera. Es el Hotel Nacional de Cuba. En ese país no habrá otro igual. Queremos que ese hotel sea la joya más codiciada por los turistas en el Caribe, el más lujoso, el de más estilo.

Quedó boquiabierto ante la maqueta. En verdad, no tenía nada que envidiar a los que estaban de moda entre los vacacionistas más derrochadores de Norteamérica.

Pensaban inaugurarlo el 15 de diciembre de 1930, pero ajustes en el plan de reservaciones, y las capacidades de las aerolíneas y el ferry que enlazaba a la capital cubana con la Florida, aconsejaron correr la fecha quince días.

El aviso circulado entre los potenciales clientes fue una obra maestra de la publicidad:

Cuando el sol y el mar de amatista son los mejores... cuando los americanos chic dejan atrás el frío invernal por el París de los trópicos... el Hotel Nacional abre sus puertas. El Plaza y el Savoy Plaza de New York tienen su duplicado de lujo en el Malecón, en el sector más deslumbrante de La Habana.

Setenta y cinco pies de umbrosas palmeras atemperan las brisas del Caribe. Usted puede cenar en las más confortables terrazas o en un salón plateado adornado con las flores coloridas del trópico... que le recordarán que no está en Montecarlo ni en Cannes, sino en La Habana.

La redacción ponía cuidado en resaltar las bondades de un sueño sin sobresaltos en las habitaciones del hotel, y del disfrute de los baños en una piscina hecha a la medida de los amantes de la natación. Un párrafo intermedio lanzaba un anzuelo a los hombres de negocios: se dispondría de servicios de *brokerage* conectados directamente a la Bolsa de Wall Street.

La última línea daba por sentado el éxito del llamado: *Obviamente usted debe arreglar sus asuntos para viajar a La Habana este invierno.*

Y más abajo, en caracteres perfectamente legibles, un ofrecimiento: *Las reservaciones pueden ser hechas en el Plaza y el Plaza Savoy de New York.*

El Hotel Nacional de Cuba contaba no solo con el visto bueno del Gobierno de la Isla, sino con la más absoluta garantía. Nada menos que el Secretario (ministro) de Obras Públicas había llevado adelante las negociaciones. Ostentaba un apellido ilustre en la historia isleña. Era hijo de un primo de Carlos Manuel de Céspedes, líder del alzamiento contra la metrópoli española que marcó el inicio, en los campos orientales, de la primera guerra por la independencia cubana el 10 de octubre de 1868. En honor a quien todos veneran como Padre de la Patria le pusieron el primer nombre de aquel: Carlos. Carlos Miguel Tranquilino de Céspedes y Ortiz Coffigny, según reza la partida de bautismo asentada en la parroquia matancera de San Carlos Borromeo.

El alto funcionario del Gobierno del Presidente Gerardo Machado en nada siguió los pasos del jefe insurrecto de La Demajagua, quien antes de lanzarse a la manigua liberó a los esclavos. Este Céspedes era el retrato vivo de los avorazados prohombres de la política republicana. Había aprendido los secretos de cómo manejar fondos públicos para beneficio privado cuando ocupó en 1912 el cargo de administrador de la Compañía Nacional de Dragado de los Puertos de Cuba. Fundó un bufete de abogados popularmente conocido por *Las tres C*, iniciales de los apellidos de

los asociados: Céspedes, Cortina y Cruz. Cortina y él eran dirigentes del Partido Liberal; Cruz, del Conservador. Pasara lo que pasara siempre iban a estar en el mazo del poder.

En la génesis del proyecto del Hotel Nacional de Cuba hubo un toque rocambolesco. La compañía constructora norteamericana Purdy and Henderson, acreditada desde 1909 en La Habana y con la fama de haber culminado ese año en Nueva York los cincuenta pisos de la Metropolitan Life Tower, tenía ascendencia en los círculos gubernamentales cubanos. Comenzó por ampliar y remodelar los hoteles Plaza e Inglaterra, se enfrascó en la terminación de la Lonja del Comercio, dotó de un nuevo empaque a la Estación de Ferrocarriles, construyó el Centro Asturiano y obtuvo la primacía en la obra civil del flamante Capitolio Nacional, concesión expedita por Céspedes.

De modo que, cuando en julio de 1929 su presidente, Leonard E. Browson, irrumpió en el despacho del ministro con una delegación de banqueros encabezada por los ejecutivos del National City Bank, se dio por sentado que su petición sería acogida sin reparos, más cuando, como en todo negocio en aquella República, habría una comisión suculenta para los facilitadores del trámite.

La idea era construir y operar un hotel en un área de media manzana ubicada en la intersección de la calles Prado y Cárcel, muy cerca del mar y del paseo principal de la ciudad, donde estaban los teatros más concurridos, la sede de los Bancos y las principales embajadas, los espigones del puerto a poca distancia, los almacenes mejor abastecidos, los restaurantes más exquisitos y los sitios más lujuriosos.

Pero ya el Gobierno había reservado el área para la Administración de la Justicia, y aunque las inversiones norteamericanas gozaban de preferencia, resultaría chocante obviar lo que ya había sido anunciado a los cuatro vientos.

Céspedes sacó un conejo de la chistera. Si quieren un hotel de lujo, por qué no emplazarlo en otra zona de la ciudad, la más prometedora, en la barriada de El Vedado. Lejos del mundanal ruido, y al mismo tiempo cerca del centro histórico habanero.

—El mejor lugar es donde ahora está la vieja Batería de Santa Clara. Ya no vienen corsarios ni piratas —intentó ser chistoso el ministro.

—¿La Batería de Santa Clara? ¿En medio de ese pudridero?

—preguntó asombrado el empresario norteamericano. Browson conocía la ciudad y sus alrededores, y por tanto, había advertido con su propia nariz cómo por el litoral, donde principiaba la barriada de El Vedado, el olor a materia orgánica descompuesta atormentaba el olfato.

En efecto, la furnia aledaña a la obsoleta fortificación guardaba enormes depósitos donde diariamente, en carretas tiradas por mulos y amparadas por la nocturnidad, eran transportados excrementos procedentes de las caballerizas del campamento militar de Columbia para ser procesados como abono.

Se trataba de un negocio montado por el general Alberto Herrera, jefe del Ejército Nacional, para proveer de fertilizantes los jardines de las mansiones de los acaudalados habitantes de la villa.

Céspedes había convencido al militar —puede imaginarse cómo— de trasladar el estercolero al oeste de la capital, e invitó a Browson y su comitiva a visitar el enclave propuesto.

Menguada la plaga de insectos, aunque todavía con la atmósfera impregnada por los residuos de la pestífera factoría, el paisaje que se ofrecía a los norteamericanos incentivó su imaginación.

Desde lo alto del promontorio rocoso, conocido como la Loma de Taganana, se tenía la impresión de que el sitio resultaba el más adecuado para expandir el rubro hotelero en La Habana desde un prisma diferente. Privacidad, lujo, elegancia, sentido aristocrático y encanto tropical.

Una inversión con todos los hierros podía dejar atrás la competencia de los hoteles Plaza e Inglaterra, en la zona antigua de la ciudad. Hasta el Sevilla, con su porte y linaje, debía languidecer. Este era hasta entonces el favorito de los grandes capitales, de los enviados diplomáticos, de los nobles europeos de solaz por las Antillas. Desde 1921 se sumaba al original Sevilla el añadido Biltmore, luego de que fuera adquirido por la firma norteamericana John Mc Bowman y Asociados. Pero las mismas amistades de Browson le habían dicho que, después de los espléndidos saraos nocturnos, la vocinglería tempranera de los pregoneros, las intempestivas explosiones de los motores de combustión interna de los fotingos, y la cháchara de las domésticas que llevaban a los niños a tomar sol en el Prado, impedían dormir la mañana.

Céspedes, a quien apodaban *el Dinámico*, debía guardar las formas. No era cosa de conceder a Purdy and Henderson la licencia de construcción a ojos vistas. Hubo que aparentar una licitación, y para no mostrarse genuflexo ante los capitales norteamericanos, establecer una cláusula en la que se prescribía que ondeara en la instalación turística una sola bandera, la cubana. A la hora de firmar el contrato, un gesto para la galería. Alguien olvidó la dichosa cláusula en la versión mecanográfica. Céspedes, airado, se negó a estampar la rúbrica hasta que no se enmendara el desaguizado. La prensa recogió el rapto de patriotismo del ministro. Céspedes quedó bien ante la opinión pública nacional.

Todo cuadraba de antemano. Purdy and Henderson construía, el National City Bank invertía, y al Gobierno se le otorgaba la prerrogativa de disponer del llamado Apartamento de la República para los dignatarios. Para algo Browson y A. L. Hoffman jefe de la División de Negocios en el Exterior de la Banca coincidían en la dirigencia del Club Rotario de La Habana y del Havana Club, liga del empresariado estadounidense en la capital cubana, en cuyas sesiones era Céspedes invitado de honor.

Constructores e inversionistas sometieron a examen diversas propuestas arquitectónicas. La que más se ajustó a sus aspiraciones fue la presentada por el estudio Mc Kim, Mead and White, una de las más prestigiosas firmas neoyorquinas, con su fama cimentada en el diseño de la

Estación Pennsylvania (1910), el Municipal Building (1914), y Renaissance Palace de la Quinta Avenida (1915).

Al cabo de catorce meses, la Loma de Taganana vio emerger el Hotel Nacional de Cuba. En una memoria valorativa redactada muchos años después por el arquitecto Marco Antonio Díaz Blardonis, este se explayó en la descripción de las virtudes estilísticas del inmueble:

Resaltan a la vista sus techos provenientes de la arquitectura clásica romana; sus patios sevillanos que en Cuba tuvieron su expresión en las construcciones coloniales del siglo XIX, especialmente en la arquitectura doméstica; sus arcadas exteriores (provenientes de la tendencia Misión Californiana), readaptación contemporánea de la arquitectura del sur de la Florida y de California; sus gárgolas (elementos traídos del gótico francés); sus pisos de granito (de influencia art déco), presentes también en la delicadeza del pretil que corona el edificio; los aires sevillanos en los zócalos del mosaico del vestíbulo principal, de depurado diseño compositivo, huella de la España morisca; así como algunos artefactos industriales presentes en su decoración como los esplendorosos techos que rememoran la tradición de los casetonados romanos; la magnificencia de las áreas verdes y la solución de recorridos y zonas de descanso en los exteriores, en su reinterpretación de los jardines ingleses del período romántico, entre otros, nos muestran el catálogo de estilos utilizados y cuyas procedencias deben buscarse, más que en países y lugares, en la memoria acumulada de quienes lo proyectaron y erigieron para insuflarles cuerpo y alma.

Independientemente de sus influencias estilísticas foráneas, esta instalación hotelera resume el advenimiento de la arquitectura cubana a una muy sutil contemporaneidad en la que se conjugan de facto elementos compositivos del pasado, del presente y del futuro, para su época, y capta como conjunto un espíritu nacional de motivos y figuras que transmiten una particular y evidente cubanía, avalado no solo por el uso de materiales autóctonos cubanos: maderas duras y preciosas, piedras de Jaimanitas y tejas de barro de las torres lucernarias ubicados en la azotea, sino también por otros ornamentos de exquisito acabado que reflejan un grupo de signos nacionales (escudos y banderas) que destacan la valía de lo propio.

Por tal motivo la conjunción de los elementos anteriormente expresados, así como la interrelación luz y sombra como un elemento vital en nuestra arquitectura tradicional que, a la vez, guarda estrecho vínculo contexto-naturaleza, su altura y ubicación, que lo hacen perceptible desde cualquier punto de la ciudad, la magnificencia y calidad constructiva alcanzada

—obra de cientos de obreros cubanos de altísima experiencia en sus oficios—, dotaron al Hotel de la Nación Cubana de un alma y espíritu especiales que hasta el presente lo hacen trascender.

Los anales de la ingeniería civil en la Isla también acotarían un detalle: la utilización por primera vez en el país del sistema porticado de vigas de acero revestidas de hormigón.

El 30 de diciembre de 1930, la imagen del nuevo prodigio inmobiliario destacaba en el paisaje del litoral habanero, con su nave central flanqueada por sendas torres; su fachada principal, antecendida por vías de acceso engalanadas por el jardín delantero, y la parte trasera, con sus terrazas de cara al mar.

William P. Taylor estaba satisfecho. Purdy and Henderson había cumplido. En pocas horas llegarían los primeros huéspedes. La noche diría la última palabra.

Tomado de Hotel Nacional de Cuba. Revelaciones de una leyenda de los autores Luis Báez y Pedro de la Hoz, publicado por la Editorial Capitán San Luis (2010).